



Misa Crismal 2011

“Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír”. Con estas palabras, Jesús declaró cumplida en él la profecía de Isaías. Y esta declaración explícita incluye el cumplimiento de la misma profecía en nosotros, la estirpe del Mesías que ha bendecido el Señor haciéndonos partícipes de su Espíritu. Por ello, somos llamados “Sacerdotes del Señor” y “Ministros de nuestro Dios”.

También acogemos como escrito para nosotros el mensaje del texto del Apocalipsis: Jesucristo, *“Aquel que nos amó, nos ha librado de nuestros pecados por su sangre, nos ha convertido en un reino y hecho sacerdotes de Dios, su Padre.”*

Jesús de Nazaret, el Hijo amado de Dios, es el comienzo del tiempo de la efusión del espíritu como don mesiánico sobre un pueblo de Dios con vocación universal. Hoy se cumple en la Iglesia en Salamanca la Escritura que acabamos de oír, porque el Espíritu del Señor nos ha consagrado en el bautismo “con el crisma de la salvación” para que entremos a formar parte de su pueblo y seamos “para siempre miembros de Cristo, sacerdote, profeta y rey”. Los presbíteros hemos sido ungidos con el sagrado crisma para que “Jesucristo, el Señor, a quien el Padre ungió con la fuerza del Espíritu Santo”, nos “auxilie para santificar al pueblo cristiano y para ofrecer a Dios el sacrificio”.

La memoria de la consagración del Pueblo sacerdotal de Dios, por la unción sacramental del Espíritu, es la inestimable riqueza de esta misa crismal, que hemos expresamos en la oración colecta al decir: “por la unción del Espíritu Santo constituiste a tu Hijo Mesías y Señor, y a nosotros mismos, miembros de su Cuerpo, nos haces partícipes de su misma unción.”

En esta celebración se manifiesta de forma especialmente visible la fraternidad sacramental de todos los miembros del Cuerpo de Cristo, así como la fraternidad sacramental de los presbíteros con el Obispo, en el ser sacerdotal y en la misión. Los presbíteros lo expresamos en la renovación de las promesas de la ordenación sacerdotal.

En esta eucaristía sacerdotal del pueblo de Dios podemos sentirnos especialmente alentados en nuestra vida y misión en el mundo con la meditación de la llamada oración sacerdotal de Jesús por todos sus discípulos, en el capítulo 17 del Evangelio de Juan.

Esta oración de Jesús tiene en su trasfondo la liturgia de la fiesta judía de la Expiación, cuyo ritual es descrito en Levítico 16 y 23, 26-32. Lo que en aquella fiesta se representaba en acciones rituales, se cumple definitivamente en Jesús de manera real. Así como el sumo sacerdote hacía la expiación por sí mismo, por la clase sacerdotal y por toda la comunidad de Israel, también Jesús ruega por sí mismo, por los Apóstoles y



por todos los que después creerán en Él: por la Iglesia de todos los tiempos (cf Jn 17,20).

Él se santifica a “sí mismo” y ofrece santidad a los suyos. La oración de Jesús lo presenta como el sumo sacerdote del gran día de la Expiación. Su cruz y su exaltación son el día de la Expiación para todos, en el que la historia entera del mundo, con todas las culpas humanas, encuentra su sentido y orientación. La oración sacerdotal de Jesús es un testimonio de la reconciliación de Dios con los hombres.

Jesús declara en su oración: **“Ésta es la vida eterna: Que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo” (Jn 17, 3).**

La expresión “vida eterna” no significa la vida después de la muerte, en contraposición a la vida actual. “Vida eterna” significa la vida verdadera, que puede ser vivida también en este tiempo y que después ya no puede ser vencida por la muerte física. Lo que realmente interesa es abrazar ya desde ahora la vida verdadera, que nada ni nadie puede destruir. Lo característico del discípulo es que “vive”; que ha encontrado la verdadera vida que todos andan buscando. Por ello, los primeros cristianos se han denominado “los vivientes”. Ellos habían encontrado lo que todos buscan: la vida misma, la vida plena y, por tanto, indestructible.

¿Cómo se puede llegar a eso? La oración sacerdotal responde que el hombre encuentra la “vida eterna” a través del “conocimiento”. Pero se trata de un “conocer” que es hacerse una sola cosa con lo conocido. Por eso, la clave de la vida no es un conocimiento cualquiera, sino “que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado Jesucristo” (17,3). El cristiano no cree una multiplicidad de cosas; cree en un único Dios, que se le hace accesible en su enviado, Jesucristo: en el encuentro con El se produce ese conocimiento de Dios que se hace comunión y llega a ser “vida”. Mediante la relación con quien es Él mismo la vida, también el hombre llega a ser un viviente.

Vivir en comunión con Cristo es ser consagrado y santificado con él en la verdad.

En la plegaria por los discípulos, Jesús dice: «Santificalos en la verdad; tu palabra es verdad... Y por ellos me consagro yo para que también se consagren ellos en verdad» (Jn 17,17.19). En otro pasaje Jesús se identifica como “quien el Padre consagró y envió al mundo” (10,36). Aparece en estos textos una triple “consagración”: el Padre ha consagrado al Hijo y lo ha enviado al mundo; el Hijo se consagra a sí mismo; y el Hijo ruega que los discípulos sean consagrados en la verdad.

“Consagrar” significa “santificar”. El consagrado, el santo, en su pleno sentido es sólo Dios mismo. Santidad es el término usado para expresar el modo de ser de Dios. Así, las palabras “consagrar”, “santificar” significan traspasar una persona o una cosa a la propiedad de Dios, y especialmente ser destinada para el culto. Esto puede realizarse como consagración para el sacrificio (cf. Ex 13,2; Dt 15,19), o también como



consagración al sacerdocio (cf. Ex 28,41), es decir, destinar a un hombre a Dios y al culto divino.

El proceso de “consagración” comprende dos aspectos aparentemente opuestos entre sí, pero que, en realidad, van interiormente unidos. Por una parte, “consagración” es una segregación del entorno propio de la vida personal del hombre. Lo consagrado es elevado a una nueva esfera que ya no está a disposición del hombre. Pero esta segregación incluye esencialmente al mismo tiempo el “para”: precisamente porque se entrega totalmente a Dios, el consagrado existe ahora para el mundo, para los hombres; los representa y los debe sanar. Por ello, consagración y misión forman una única realidad completa.

Esta interrelación resulta muy clara si pensamos en la vocación especial de Israel: por un lado, el pueblo es segregado de todos los demás pueblos, pero, por otro, lo es precisamente para desempeñar un cometido para con todos ellos, para con todo el mundo. Esto es lo que se entiende con el título de Israel como “pueblo santo”.

Ya indicamos que el Evangelio de Juan habla de tres consagraciones. **Primero se dice que el Padre ha enviado al Hijo al mundo y lo ha consagrado** (cf. 10,36). Con esta consagración del Hijo para el mundo se quiere decir que Dios reivindica para sí al hombre en su totalidad, que sea “segregado” para Él. Y ello comporta al mismo tiempo una misión del Hijo para los pueblos.

En las palabras de Jesús, consagración y misión están entrelazadas estrechamente. La consagración de Jesús por el Padre se identifica con la Encarnación: expresa a la vez la plena unidad con el Padre y su ser enteramente para el mundo. Jesús pertenece por entero a Dios y, precisamente por eso, está totalmente a disposición “de todos”.

La segunda consagración está expresada en las palabras de Jesús “**por ellos me consagro yo**” (17,19), y tiene el sentido de “consagrar para el sacrificio”, es decir: “Me consagro, me entrego a mí mismo como sacrificio”.

Estamos ante la nueva liturgia de la expiación de Jesucristo, la liturgia de la Nueva Alianza. Jesús mismo es el sacerdote enviado al mundo por el Padre; Él mismo es el sacrificio que se hace presente en la Eucaristía de todos los tiempos.

La tercera consagración, de la que se habla en la oración de Jesús, está expresada así: “**Santificalos en la verdad**” (17,17). “**Me consagro yo para que también se consagren ellos en verdad**” (17,19). Los discípulos han de estar implicados en la consagración de Jesús; también en ellos se debe cumplir el traslado a la esfera de Dios y, con ello, hacerse realidad su envío al mundo. “Me consagro yo para que también se consagren ellos en verdad”: su pasar a ser propiedad de Dios, su “consagración”, es participar en la consagración de Jesús, no sólo de forma ritual, sino “**en verdad**”, es decir, en realidad, en todo su ser. Y los discípulos de Jesús son santificados “**en la verdad**”. Esta verdad es el baño bautismal que los purifica; es la vestidura y la unción que necesitan. Esta “verdad” purificadora y santificadora es Cristo mismo. Han de ser



Carlos López Hernández

sumergidos en Él; han de ser “revestidos” de Él y, de este modo, han de hacerse partícipes de su consagración, de su función sacerdotal, de su sacrificio.

Nuestra participación en la consagración y sacrificio de Cristo debe acreditarse como verdadera amando a los hermanos como Él los ha amado. El amor de Cristo debe conmover nuestras entrañas para ofrecer nuestra ayuda a tantas familias que padecen graves necesidades por la falta de empleo y para alentar a nuestras comunidades a un más intenso compromiso de caridad. Y el mismo amor al Señor debe seguir motivando nuestra colaboración con las comunidades cristianas de Tierra Santa, mediante la tradicional colecta del Viernes Santo.

Consagrados así en la verdad y santificados por la comunión con Cristo, seremos capaces de reconocer en Él la presencia plena del nombre de Dios y de vivir en la unidad suplicada al Padre para los discípulos, para que el mundo crea en Jesús como enviado del Padre. *“He manifestado tu nombre a los que me diste... y han creído que tú me has enviado. Te ruego por ellos... guárdalos en tu nombre...para que sean uno como nosotros... como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado”* (Jn 17, 6.8.9.11.21).

Que la renovación de las promesas de nuestra ordenación y la concelebración eucarística nos mantengan en la comunión sacramental y fraterna, para el gozoso y fructífero ejercicio de la misión.